

Curas en la independencia

IVAN LJUBETIC VARGAS

PF nro 569



En 1492, cuando en Europa amanecía el capitalismo -y con él el Renacimiento-, Cristóbal Colón daba a conocer el “nuevo mundo”. Ese mismo año, un valenciano intrigante e inmoral, llamado Rodrigo Borgia o Borja, ocupó la más alta jerarquía de la Iglesia Católica, poderosa y feudal, con el título de Alejandro VI. El decidió repartir -en nombre de Dios y a través de una bula del 14 de mayo de 1493- el nuevo mundo entre los reyes de España y Portugal.

En el siglo XVIII la lucha entre burguesía -entonces clase revolucionaria- y feudalismo, tuvo por principal escenario a Francia. Ese país se vio estremecido durante cinco años por su revolución (1789-1794). Fue derrotada, pero sus ideales permanecieron. Los tomó como

bandera Napoleón Bonaparte, representante de la alta burguesía que, coronado emperador por el Papa Pío VII el 2 de diciembre de 1804, se apoderó de casi toda Europa. Una coalición organizada contra él lo derrotó en la batalla de Leipzig o de las Naciones, en octubre de 1813.

CONGRESO DE VIENA

Representantes de las cuatro potencias vencedoras (Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria) se reunieron en el Congreso de Viena el 1º de noviembre de 1814. Su objetivo era un nuevo reparto de Europa. Finalizó sus actividades el 8 de junio de 1815. Diez días después, Napoleón, que había intentado recuperar su poder, fue derrotado definitivamente en la batalla de Waterloo (Bélgica) y desterrado a la isla Santa Elena.

El Congreso de Viena “olvidó” a la convulsionada América hispana. Quien no lo hizo fue la Iglesia Católica.

En diversas colonias españolas los patriotas combatían por la emancipación. La Iglesia se opuso a esas aspiraciones. El 30 de enero de 1816, el Papa Pío VII dirigió una encíclica al clero de los dominios del monarca hispano en América, donde señalaba:

“Hemos creído propio de las apostólicas funciones (que, aunque sin merecerlo, nos competen) excitaros en esta carta a no perdonar esfuerzos para destruir

completamente la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo sembró en esos países... Fácilmente lograréis tan santo objeto, si cada uno de vosotros demuestra a sus ovejas, con todo el celo que puedan, los terribles y gravísimos perjuicios de la rebelión, si presentan las singulares virtudes de nuestro carísimo en Jesucristo, Fernando, vuestro rey católico, para quien nada hay más precioso que la religión y la felicidad de sus súbditos”.

Ocho años más tarde, el 24 de septiembre de 1824, el Papa León XII publicó una nueva encíclica contra la independencia de las ex colonias españolas. Calificaba la emancipación como una “rebelión que ha reducido a la más deplorable situación tanto al Estado como a la Iglesia”. A los gobiernos patriotas los define como “Juntas que se veían salir, a la manera de langostas devastadoras, de un tenebroso pozo, que se encuentran en ellas, como en una inmundada sentina, cuanto hay y ha habido de más sacrílego y blasfemo en todas las sectas heréticas”.

CLERO EN CHILE

En Chile, la mayoría del clero acató la posición antipatriota de la Iglesia. Según el historiador José Toribio Medina, de los 190 sacerdotes seculares que había en la diócesis de Santiago, sólo 22 eran partidarios de los patriotas y de los 500 miembros del clero regular, no pasaban de 70 los revolucionarios. Es decir, más del 80% del clero actuó contra la independencia de Chile.

Hubo también oportunistas. Un ejemplo fue fray José María Torres que, en 1811, pronunció un sermón condenando “los perversos y tiránicos gobiernos coloniales” y calificando la independencia como “útil a la patria, a la religión y al rey”. Pero después fue un realista exaltado en Concepción; patriota furibundo en Santiago; nuevamente realista en la reconquista y otra vez patriota después de la batalla de Chacabuco.

La historia oficial no sólo oculta estos hechos, sino que condena al olvido a destacados miembros del clero que, desobedeciendo las órdenes del Papa, sufriendo persecuciones y castigos, entregaron un valioso aporte a la emancipación de Chile. Cuando Bernardo O’Higgins retornó a Chile, en 1802, se incorporó de inmediato a la lucha conspirativa contra la dominación española. Se unió a valientes patriotas que arriesgaban la libertad e incluso, la vida. Entre ellos estaba fray Rosaura Acuña, prior del convento de San Juan de Dios, en Chillán. Este, junto con Pedro Arriagada, eran los encargados de distribuir documentos elaborados por O’Higgins entre los que participaban en la labor clandestina.

El gobernador Francisco Antonio García Carrasco ordenó la detención de ambos, en 1809, pero fueron prontamente liberados.

CURAS INDEPENDENTISTAS

Otro eclesiástico incorporado a la lucha emancipadora desde sus comienzos fue el canónigo Juan Pablo Fretes, quien había actuado junto a O’Higgins en la Logia Lautarina, en Cádiz (España). Participó en el primer Congreso Nacional, en 1811, representando a la circunscripción de Puchacay, formando parte de los catorce diputados patriotas. Otro de esa minoría consecuente fue el monje Antonio de Orihuela, electo por Concepción, uno de los políticos más brillantes de esa región. Fue ardiente defensor de los artesanos locales, a quienes dirigió una octavilla que - según el historiador V. Razuváev- fue tal vez la primera exhortación en la historia de Chile a la conciencia de clase.

También actuó desde los inicios de las acciones independentistas el franciscano Juan Javier de Guzmán Lecaros. Nacido en Santiago el 23 de marzo de 1754, tomó los hábitos en 1782. Por sus méritos, el gobierno de O’Higgins lo declaró

Benemérito de la Patria, en 1818.

Otro destacado patriota, José Joaquín Cienfuegos, nació en 1762, ordenándose sacerdote en 1778. El 7 de junio de 1817 fue designado vicario de Santiago. Al año siguiente, elegido senador; ocupó en 1820 el cargo de presidente del Senado. En 1821 el director supremo lo envió a Roma, como ministro plenipotenciario con la misión de lograr el reconocimiento del Papa a la independencia de Chile. No lo logró. (El Vaticano sólo reconocería a nuestro país como nación independiente el 13 de abril de 1840). En 1826, Cienfuegos presidió nuevamente el Senado. En 1831 fue designado obispo de Concepción y falleció en Talca, el 8 de noviembre de 1847, a los 85 años de edad.

FRAILES ARMADOS

A estos nombres debemos agregar varios más de sacerdotes que prestaron servicios distinguidos a la patria que nacía. Entre ellos, Joaquín de la Jaraquemada, Juan Fariñas, Bartolomé Reyes, Miguel Ovalle, Joaquín Larraín, Vicente Cantos y Camilo Henríquez.

Durante las campañas militares de la Patria Vieja (1811-1814), hubo muchos miembros del clero que, siguiendo la posición oficial de la Iglesia, lucharon con las armas en la mano contra los patriotas. Muchos fueron hechos prisioneros y expulsados del país. En 1813, José Miguel Carrera tuvo dieciocho frailes presos en el pueblo de Florida. En 1814, desterró catorce a Mendoza.

Durante la reconquista, numerosos clérigos patriotas fueron detenidos, procesados y condenados. No pocos fueron relegados a la isla Juan Fernández



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

